

EL TÍO CECINA

Tenía yo 6 o 7 años, pero lo recuerdo perfectamente, mi madre había comprado una cazuela de barro a uno de esos buhoneros que pasaban cambiando trapos viejos por cacharros de loza y piezas sueltas de cristalería.

Probablemente, mi madre desconocía que, para usarla la primera vez, era recomendable tenerla sumergida en agua unas horas.

Como quiera que fuera, el caso es que, la primera vez que mi madre se dispuso a usar la dichosa cazuela, seguramente con algún succulento asado, la llevó a la tahona de “Los hermanos Pleite”, para que, el bueno del señor Mariano, encargado de esos menesteres, se lo asara en el horno de la panadería. Por aquel entonces era una práctica muy común entre los vecinos llevar al horno las cazuelas con los pimientos rojos o ir allí a elaborar aquellos sabrosos mantecados en navidad o aquellas gruesas y deliciosas galletas que se preparaban para las fiestas, bautizos o comuniones y, sobre todo, los corderos en Navidad, me vienen a la memoria los aromas de aquellos días.

En esa primera vez, como digo, la cazuela se agrietó en un lateral, así que a los pocos días aprovechando el paso del lañador “tío Cecina” le preguntó si aquello tenía alguna solución.

Allí mismo, en la acera, tras montar su micro-taller con tecnología punta, consistente en una pequeña banqueta, una lata de tomate de las de 5 kg. con un asa, revestida por dentro con arcilla a modo de pequeño mini-horno, en la que llevaba siempre unos incandescentes trozos de carbón de encina que usaba para calentar el soldador de cobre para soldar con estaño y de una pequeña caja con herramientas básicas, seguramente fabricadas por él, se puso manos a la obra.

Con un punzón y paciencia hizo unos agujeros a uno y otro lado de la grieta, sin traspasar al interior de la cazuela, después cogió un trozo de alambre y lo machacó sobre el cemento de la acera, para terminar convirtiéndolo en una pequeña pletina que a continuación troceó convenientemente.

Yo, que desde que nací he gustado del cacharreo y las chapuzas de bricolaje, me quedé absorto contemplando cómo, con un martillo y usando de nuevo del bordillo de la acera como yunque, dobló las pletinas formando cuatro grapas que clavó con pericia en los orificios practicados, seguidamente cogió un poco de arcilla y los consolidó fuertemente.



En la foto se observa que una de las grapas se ha perdido parcialmente, aún queda un trocito clavado a la cazuela, pero las otras tres sobreviven irremisiblemente al tiempo.

Quien le iba a decir a don Juan Antonio, conocido en el barrio por “el tío Cecina”, que 55 años después, seguiríamos usando la cazuela y su obra sería recordada.

Ángel Pingarrón Fernández